

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El monopolio legítimo de la violencia en Tiwanaku a través de las fuentes, la arqueología y las investigaciones.

Portalet, Daniel (UBA).

Cita:

Portalet, Daniel (UBA). (2007). *El monopolio legítimo de la violencia en Tiwanaku a través de las fuentes, la arqueología y las investigaciones. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/114>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eU8X/MVn>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Título:

El monopolio legítimo de la violencia en Tiwanaku a través de las fuentes, la arqueología y las investigaciones.

Mesa Temática Abierta N° 14:

Universos en Conflicto. Interacciones entre ámbitos estatales y no-estatales en el Cercano Oriente Antiguo y el Mundo Precolombino

Universidad, Facultad y Dependencia:

Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras

Autor:

Portalet, Daniel - Alumno.

Dirección, teléfono y dirección de correo electrónico:

Pacífico Rodríguez 5121, 12°A, Villa Ballester, Buenos Aires.

Tel: (011) 4764-1565

dportalet@yahoo.com

I- Introducción

Las investigaciones que se desarrollaron en torno al surgimiento y consolidación de los Estados primarios en Mesopotamia y Egipto han alcanzado un alto grado de consenso dentro de la historiografía mundial en lo que respecta a tiempo y espacio. Sin embargo, a la hora de analizar este mismo fenómeno en los Andes precolombinos nos encontramos en presencia de un gran debate en el que nunca se ha logrado alcanzar un acuerdo concreto acerca del marco geográfico y temporal en que se cristalizó este proceso.

A fin de contribuir al enriquecimiento del debate iniciado varias décadas atrás, el presente artículo pondrá su foco de atención en los Andes Centrales, específicamente en Tiwanaku, y tendrá por objetivo realizar un conjunto de aportes vinculados a la irrupción de la lógica estatal dentro de esta sociedad.

Desde el punto de vista cronológico, la existencia de Tiwanaku abarca un enorme período temporal que, según los fechados radiocarbónicos, va desde el siglo XV a.C. hasta el siglo XII d.C. No obstante, a la hora de establecer el momento en que emergió el Estado en esta región, los investigadores no llegaron a un acuerdo ya que las diferentes propuestas para datar este proceso oscilan entre el primer y el cuarto siglo de la era cristiana, ya que hasta ese entonces había predominado una organización de tipo aldeana.

Si bien no se logró coincidir en ese aspecto, existe un punto en común entre la mayor parte de los investigadores –cuyos marcos teóricos se enmarcan en las más variadas corrientes historiográficas– que nos llama mucho la atención. Dicha coincidencia consiste en que a la hora de interpretar el proceso del surgimiento y consolidación del Estado tiwanakota, ya sea por la supuesta falta de fuentes o por la prominencia de un discurso pacifista, siempre se puso énfasis en el factor consensual omitiendo, en la mayor parte de los casos, el factor violencia.

Este hecho fue enfatizado por Campagno en un artículo que vino a romper con esta lógica y que, por el contrario, apuntó a realizar una aproximación a dicho proceso resaltando el papel clave que juega el monopolio legítimo de la violencia como elemento inseparable de la práctica estatal.

A grandes rasgos y desde el punto de vista teórico, en el proceso que conlleva a la formación del Estado se puede distinguir entre dos procesos. Por un lado, un proceso

exógeno basado en la guerra de conquista de una sociedad sobre otra, estableciendo posteriormente una dominación estable, y por el otro, un proceso endógeno, que se constituye a partir de la dominación progresiva que un sector de la sociedad va estableciendo sobre el resto de sus miembros. En este proceso, como bien señala Godelier, “todo poder de dominación se compone de dos elementos indisolublemente unidos que le confieren su fuerza y su eficacia: la violencia y el consentimiento. (...) Para durar, todo poder de dominación –y más que cualquier otro los nacidos de la fuerza brutal de la conquista y de la guerra– debe incluir e integrar estas dos condiciones de su ejercicio”¹.

A partir de esta afirmación, el objetivo del presente artículo será llevar adelante un análisis minucioso de las crónicas coloniales, de los trabajos de campo arqueológicos y de las diferentes investigaciones e interpretaciones que se desarrollaron acerca del período estatal tiwanakota con el fin de corroborar la existencia del monopolio legítimo de la violencia a través de la práctica estatal, y no caer en explicaciones meramente consensuales.

II- Cronistas

A la hora de analizar los distintos comentarios realizados por los cronistas durante el período colonial se nos hace difícil vislumbrar cuáles eran las especificidades de la organización económica, política y social de Tiwanaku. Su esplendor había llegado a su fin varias centurias previas a la llegada de los españoles, quienes ahora se encontraban con un Estado incaico que había logrado establecer su control sobre una enorme franja territorial andina.

No obstante, esto no quiere decir que no podamos rescatar y analizar en estas fuentes, diferentes comentarios que hacen referencia a Tiwanaku en general y a lo que nos interesa a nosotros –la práctica estatal– en particular. Existen múltiples citas que a partir de una profunda interpretación teórica y, en algunos casos, una corroboración empírica, nos permitirán confirmar la existencia del monopolio legítimo de la violencia en Tiwanaku.

Durante la colonia, varios cronistas de indias visitaron el territorio circuntiticaca realizando descripciones de lo que sus ojos veían o de lo que habitantes del lugar les

¹ Maurice Godelier, pp. 667-668, 1980.

narraban. Entre ellos sobresalen el Padre José de Acosta, el Inca Garcilazo de la Vega, el Fray Reginaldo de Lizárraga, el Padre Bernabé Cobo, Pedro Cieza de León y Juan de Betanzos. A grandes rasgos, el punto en común que tienen las obras de estos cronistas es el énfasis puesto en la descripción de las construcciones monumentales. No obstante, también aportan información –a veces precisa y otras no tanto– sobre la ubicación geográfica, el período temporal en se desarrolló esta cultura, la etimología, el papel regional que cumplía, la cosmovisión y la situación del repartimiento durante la colonia. Por ende, a continuación pasaremos revista a todos aquellos datos que ellos nos aportaron y puedan sernos útil a nuestro fin.

Obviamente, una de las cosas que más les llamó la atención a los cronistas fue el *carácter monumental de las obras líticas* construidas en la región. Veamos algunos pasajes a modo de ejemplo:

“Tiahuanacu de cuyos grandes e increíbles edificios será bien que digamos algo. Es así que entre otras obras que hay en aquel sitio, que son para admirar, una dellas es un cerro o collado hecho a mano, tan alto (para ser hecho de hombres) que causa admiración”².

“Tiaguanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver”³

“Fue muy memorable este pueblo de Tiguano, por haberse hecho en él un edificio tan sumptuoso y grande, que puede ser contado por una de las maravilla del mundo”⁴.

De más está decir que nuestro objetivo en este artículo no es centrarnos en las características de las diferentes construcciones realizadas durante el desarrollo de la cultura tiwanakota.⁵ Por el contrario, nuestro énfasis está orientado a determinar la existencia del monopolio legítimo de la violencia. Y sin duda, el mismo se pone de claramente de manifiesto a partir de las citas mencionadas, en primer lugar, en la

² Inca Garcilazo de la Vega, Tomo 1, pág. 131, 1943.

³ Pedro Cieza de León, pág. 301, 1932

⁴ Afirmación realizada por Pedro Mercado de Peñalosa en su “Relación de la Provincia de los Pacajes” de 1586. Citado de Ponce Sanginés, pág. 18, 1954.

⁵ Para analizar como se manifiestan las relaciones de poder, de control social y del ritual a partir de la arquitectura monumental, recomendamos la lectura de la investigación realizada por Jerry Moore, 1996.

necesidad de movilizar enormes contingentes de fuerza de trabajo, no sólo para lograr la construcción de obras monumentales como son Puma Punku, Akapana, Kalasasaya y demás edificios, sino también para traer desde lejanos lugares el material lítico con el que se construyeron las mismas, ya que, como bien señala Cieza de León:

“en muy gran parte desta comarca no hay ni se ven rocas, canteras ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos y para traerlas no debía de juntarse poca gente”⁶.

Algo similar nos dice el Inca Garcilazo de la Vega:

“la mayor admiración que causa es imaginar qué fuerças humanas pudieron llevarlas donde están, siendo, como es verdad que en muy gran distancia de tierra no hay peñas ni canteras de donde se huviessen sacado aquellas piedras”⁷

Justamente, en consonancia con los pasajes citados de estos dos cronistas, una de las peculiaridades que presentan las construcciones de Tiwanaku, es que la *procedencia de los materiales líticos* utilizados en las mismas no se encuentra en las inmediaciones de donde se realizaron. Por el contrario, a partir de diferentes investigaciones arqueológicas exhaustivas realizadas por el equipo del Centro de Investigaciones Arqueológica de Tiwanaku y plasmada en la obra de Ponce Sanginés y Mogrovejo Terrazas⁸ se estableció cuáles eran los diferentes tipos de piedras utilizados y las canteras desde donde fueron extraídas y trasladadas.

Básicamente y a modo de resumen, en la totalidad de las obras arquitectónicas que encontramos en Tiwanaku existen sólo cuatro tipos de materiales líticos que fueron utilizados para elaborar desde las enormes piedras que conforman la estructura de los principales edificios hasta las estelas y cabezas clavadas que se hallan en el Templete Semisubterráneo. Los mismos son arenisca roja, piedra caliza, andesita y hialobasalto. Sin embargo, lo llamativo consiste en la procedencia de las canteras de donde fueron extraídos cada uno de ellos, ya que “la arenisca roja fue transportada desde la serranía

⁶ Pedro Cieza de León, pág. 303, 1932.

⁷ Inca Garcilazo de la Vega, Tomo 1, pág. 131, 1943

⁸ Ponce Sanginés y Mogrovejo Terrazas, 1970.

meridional de Tiwanaku. La caliza de la serranía septentrional de Tiwanaku (...). La andesita de la Península de Copacabana (...). El hialobasalto trasladado desde Queridita, SO del Lago Poopó⁹. Es decir, los materiales líticos fueron trasladados desde distancias que van desde los 8 km (como es el caso de la cantera de Catavi de la cual se obtiene la piedra caliza) hasta casi 400 km (distancia a la que se halla la cantera de Queridita de la cual se extrajo el hialobasalto).

Para dar fin al análisis de los cronistas de indias tomaremos un último indicador que, a nuestro criterio, manifiesta práctica estatal para luego analizar de conjunto todos los indicadores nombrados. En las diferentes fuentes mencionadas al comienzo del artículo vemos como redundan los pasajes que hacen referencia a la *especialización* de un grupo social. Veamos algunos ejemplos:

“se hicieron por manos de grandes maestros y artífices (...) yo no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró”¹⁰.

“edificios antiguos de piedra recia de labrar, que parecen labradas con escuadra”¹¹

“la labor es extraña, y para espantar; y no usaban de mezcla, ni tenían hierro, ni acero para cortar y labrar las piedras, ni máquinas, ni instrumentos para traerlas, y con todo eso están tan pulidamente labradas, que en muchas partes apenas se vé la juntura de unas con otras”¹².

Es difícil conocer en detalle como era la estructura y la organización de la sociedad en Tiwanaku a partir de la escasez de fuentes de aquel período. Sin embargo, esto no quiere decir que no se puedan hacer inferencias a partir de los elementos materiales con que contamos.

Veamos algunos ejemplos. Sagárnaga Meneses realizó un intento de aproximación a este interrogante desde el marco teórico del materialismo histórico y en su investigación estableció que en Tiwanaku existía una estratificación social plasmada en la división de tres clases sociales que el caracterizó y denominó elite gobernante,

⁹ Ponce Sanginés y Mogrovejo Terrazas, pág 62, 1970.

¹⁰ Pedro Cieza de León, pág. 301-302, 1932.

¹¹ Fray Reginaldo de Lizárraga, pág. 158, 1999.

¹² Padre José de Acosta, pág. 181, 1894.

clase media y campesinado.¹³ En esta misma dirección, otro postura es la de Huidobro Bellido¹⁴ quien sostiene que la sociedad tiwanakota estaba estructurada en una pirámide social cuya orden jerárquico era el siguiente: burocracia agraria, especialistas, pueblo y campesinos teniendo los tres primeros un asiento urbano y los últimos un asiento rural.¹⁵

Independientemente de las investigaciones mencionadas y de una multiplicidad de ellas que omitimos y que también hacen referencia a la problemática en cuestión, sigue siendo muy lejana la posibilidad de confirmar cuál era exactamente la forma en que se estructuraba la sociedad tiwanakota. No obstante, hay algo que no se puede negar y es que dentro de la sociedad que analizamos existían grupos de especialistas.

Por ende, a continuación analizaremos de conjunto los tres indicadores de monopolio legítimo de la violencia que nombramos más arriba a partir del análisis de las fuentes coloniales, es decir, la monumentalidad de las obras arquitectónicas, el transporte de los materiales líticos desde lejanos lugares de procedencia y la especialización de un grupo al interior de la sociedad.

Al analizar los dos primeros factores hay que tener en cuenta que para la extracción y traslado de los enormes bloques líticos desde enormes distancias hasta su lugar definitivo de emplazamiento¹⁶ y para la posterior construcción de los edificios monumentales emplazados en la cuenca circuntiticaca fue necesario la movilización de enormes contingentes de fuerza de trabajo. El tremendo esfuerzo y desgaste que implicaron estas tareas dista mucho de haberse realizado exclusivamente por consenso como plantean muchos autores. Por el contrario, fue necesaria la existencia de una coacción constante sobre dichos grupos para llevar adelante tan arduos trabajos. En palabras de Huidobro Bellido, “la arquitectura monumental que grita a toda voz el

¹³ Para ver cuáles son las características de cada clase social, ver Jedú Antonio Sagárnaga Meneses, pp. 145-150

¹⁴ Este autor elaboró una teoría acerca del surgimiento del Estado tiwanakota basándose en el modelo de sociedad hidráulica de Wittfogel. El control de los principales medios de producción –tierra y agua– por parte de los que el autor llama una “burocracia agraria” trajo como consecuencia la estratificación social y la conformación de un estado despótico con capacidad de extraer tributo y de movilizar enormes contingentes de mano de obra para la construcción de las diferentes obras emplazadas en Tiwanaku.

¹⁵ Huidobro Bellido, pág. 167, 1995.

¹⁶ Ponce Sanginés y Mogrovejo Terrazas realizan un análisis de cuáles fueron las diferentes técnicas posibles utilizadas para el transporte de los bloques pétreos. Si bien cada una de ellas están profundamente desarrolladas en dicho libro, nosotros sólo las mencionaremos a modo de resumen. Las que se utilizaron para el acarreo terrestre fueron: “(1) Arrastre por vías de suelo aplanado o por calzadas. (2) Uso de terraplenes y del plano inclinado. (3) Empleo del rodillo de madera. (4) Utilización de trineos. (5) Sistemas de rodamientos. (6) Con parihuelas” (pág. 74, 1970), mientras que para el traslado de los materiales por vía acuática se utilizaron balsas de totora y almadías armadas con troncos de madera balsa.

sufrimiento y lágrimas de un pueblo que las erigió con el precio de su sangre, hablan de lo que constituyó siglos atrás esta portentosa sociedad (...) los elementos aquí esgrimidos (...) son más que suficiente para afirmar con toda convicción que Tiwanaku constituyó un poderoso estado de corte despótico”¹⁷.

Algo similar ocurre con los grupos de especialistas que existieron en la sociedad tiwanakota. Desde el momento que se produce la división social del trabajo entre la ciudad y el campo, los “especialistas, apartados de la producción de alimentos, (...) para vivir necesitan apropiarse del trabajo de los campesinos”¹⁸. Por lo tanto, es el Estado –a través del monopolio legítimo de la violencia– el que realiza la extracción del excedente agrario producido por los campesinos para garantizar la reproducción de los grupos de especialistas que existen al interior de la sociedad. Si bien a partir de los pasajes que extrajimos de las crónicas coloniales, hacemos referencia a los especialistas que se encargaban del trabajo con la piedra y de la dirección de la construcción las obras arquitectónicas, lo recién afirmado se extiende a cualquier grupo de especialista de tiempo completo, es decir, desde astrónomos y arquitectos hasta escribas y guerreros.

De esta manera, damos por finalizado el análisis de las obras de los cronistas de indias que hacían alguna referencia a Tiwanaku. Si bien, como dijimos más arriba, las mismas no son muy extensas ni desarrollan minuciosamente la organización política, económica y social, nos aportaron ciertos elementos que nos permitieron inferir la existencia del monopolio legítimo de violencia. Pasemos ahora al análisis de los estudios de campo y de las investigaciones realizadas hasta ahora sobre el período estatal de Tiwanaku para constatar si podemos encontrar alguna inferencia de coacción.

III- Estudios de campo e investigaciones

A pesar que en la mayor parte de las investigaciones elaboradas sobre Tiwanaku predominan las interpretaciones consensuales que omiten la existencia del factor violencia, a continuación, pasaremos revista a los hallazgos arqueológicos que vislumbraron la existencia de indicadores de coacción o de práctica estatal.

Muchos investigadores han apoyado su posición de ausencia de violencia durante el período del auge tiwanakota por varios factores. Una de las argumentaciones más utilizadas se basa en la **inexistencia de murallas o de estructuras arquitectónicas**

¹⁷ Huidobro Bellido, pág. 175, 1995.

¹⁸ Luis Guillermo Lumbreras, pág. 110, 1981.

de carácter bélico. Si bien es cierto que las mismas no predominan en el paisaje analizado, también hay que tener en cuenta que las diferentes estructuras sufrieron un enorme saqueo durante la época colonial. Este hecho se ve patente en la afirmación del Padre Bernabé Cobo quien hace referencia a construcciones principales de la región de Tiwanaku y sostiene que “esta codicia de haber los tesoros que la fama publica están aquí escondidos, ha sido quien más ha desbaratado y arruinado esta fábrica; si bien la han deshecho también para aprovecharse de las piedras; porque de ellas se ha edificado la iglesia de Tiahuanaco, y los vecinos de la ciudad de Chuquiago han llevado muchas para labrar sus casas, y hasta los indios de dicho pueblo de Tiahuanaco hacen sus sepulturas de muy lindas losas que sacan de estas ruinas”¹⁹.

No obstante, a pesar del mencionado saqueo o de la ausencia de fortalezas, murallas o construcciones de este carácter, no debe negarse el factor violencia. Por ejemplo, Sagárnaga Meneses plantea que en Tiwanaku se desarrolló un fuerte aparato represivo encarnado en un ejército que sería el más poderoso del área y, a pesar de carecer de un ejército oponente del mismo tenor, debió estar siempre preparado para entrar en acción. Por lo tanto, “la ausencia de fortalezas en Tiwanaku demostraría la sensación de seguridad y confianza que se sentía y que no se las precisaba”²⁰.

A su vez, hay que resaltar que las fortalezas o murallas no necesariamente son la única forma de defensa existente. Por ejemplo, Ponce Sanginés al realizar excavaciones en diferentes sitios arqueológicos pertenecientes a la cultura de Wankarani²¹, se encontró en algunos de ellos con que las casas de planta circular estaban agrupadas muy densamente y ubicadas de modo colindante. En este hecho “se advierte neta semejanza con el sistema imperante en los sitios rurales tiwanakotas e inclusive en el período inka regional, en que las residencias se erigían separadas por moderada distancia y no aglutinadas (...) quizá esa disposición nuclear se originó en razones de protección y defensa, en búsqueda de seguridad”²².

No obstante, si todavía quedan dudas, en Kella-Kollu –uno de de los sitios arqueológicos de Wankarani– nos encontramos con que “una muralla cercaba a la aldea, cuya función radicaría en resguardarlas”²³.

¹⁹ Padre Bernabé Cobo, Tomo N° 4, pág. 72, 1893.

²⁰ Sagárnaga Meneses, pág 146, 1995.

²¹ La cultura Wankarani se desarrolló al noreste y norte del lago Poopó. En las excavaciones que se realizaron en 3 de sus 17 sus sitios arqueológicos se encontró en forma superpuesta cerámica de estilo tiwanakota con cerámica de estilo local. (Ponce Sanginés, pág. 44, 1970).

²² Ponce Sanginés, pág. 19, 1970

²³ Ponce Sanginés, pág. 19, 1970

A la hora de pensar el monopolio legítimo de la violencia, desde el punto de vista arqueológico, en cualquier sociedad con una organización estatal, otro elemento que funcionaría como indicador es la presencia de **armas bélicas y de huestes guerreras** –ya sea en forma material o iconográfica–. Sin embargo, al analizar este aspecto hay que andar con cierto recaudo, ya que lo que nosotros podemos identificar como un arma bélica, tranquilamente puede haber sido un elemento de uso ritual, de caza o, inclusive, de uso doméstico. En Tiwanaku, a pesar que muchos investigadores aducen la existencia de un escaso número de pruebas, existen elementos que corroboran la presencia de un ejército y de actividades bélicas. Veamos algunos de ellos.

A partir de un análisis de la iconografía y de las armas exhumadas podemos tener una primera aproximación. En este sentido, Ponce Sanginés afirmó: “En los vasos-retrato se puede identificar a sus jefes provistos de cascos con cubrenuca y a los soldados con pintura facial. Las armas para empleo a distancia eran el arco y la flecha, la honda, las boleadoras²⁴. Para el combate cuerpo a cuerpo el hacha de filosa hoja semilunar metálica y la maza con mango de madera y remate de piedra o metal. Se disponía del escudo defensivo cuadrangular y del colete o chaleco protector de cuero”²⁵.

Sagárnaga Meneses, a partir de investigaciones de campo realizadas por el arqueólogo Oswaldo Rivera, plantea que “en uno de los niveles superiores de Pampa Khoani (...) hay toda una capa estratigráfica cubierta por puntas de flecha producto de un enfrentamiento bélico”²⁶.

Otro elemento que no podemos pasar por alto es la existencia, dentro de la iconografía de la época, de “cabezas-trofeo” llevadas colgadas de la mano por algún individuo perteneciente a la elite política o religiosa. Este hecho “también permite sospechar algo de la capacidad coactiva del Estado. En efecto, tanto si se tratara de cabezas de enemigos externos vencidos o de víctimas propiciatorias locales, la existencia de ritos que involucran sacrificios humanos abre la posibilidad de pensar en un Estado que ejerce la violencia de cara al exterior o al interior de la sociedad tiwanakota”²⁷

²⁴ Valga aclarar que Rex González, quien realizó un análisis de las boleadoras durante la época de auge de la cultura tiwanakota, omite cualquier mención al hecho de que las mismas se hayan utilizado para la guerra. El autor plantea que las mismas sólo se utilizaban para la caza (Rex González, 2003).

²⁵ Ponce Sanginés, pág. 48, 1995.

²⁶ Sagárnaga Meneses, pág. 146, 1995.

²⁷ Campagno, pág. 68, 2003.

Por si todo lo mencionado hasta ahora no alcanzara para confirmar la existencia de la violencia en el Estado tiwanakota, pasemos, por último, al análisis de diferentes indicadores que nos permiten inferir la imposición de **dominio por parte de Tiwanaku sobre otras regiones**. No obstante, antes de continuar, vale aclarar que la interpretación del último ejemplo mencionado de las “cabezas-trofeo” también podría ser incorporado dentro de este apartado.

Ponce Sanginés, a partir de un trabajo de campo, analizó la relación que existía entre Tiwanaku y la cultura de Chiripa. Esta última posee su sitio arqueológico más importante en la península de Taraco, sobre el Lago Titicaca, en el Departamento de la Paz. “Se trata de un montículo artificial de 60 por 50 mts. aproximadamente, de seis metros de altura, sobre el cual se encuentran varias habitaciones de planta rectangular dispuestas en semicírculo en torno a un templete semisubterráneo”²⁸. Este templete semisubterráneo, cuya construcción es contemporánea al templete semisubterráneo de Tiwanaku, “se lo erigió en el montículo de Chiripa por arquitectos tiwanakotas en el patio mismo del conjunto de casa de la cima, practicando un hueco previo para la obra, como tratando de acentuar su dominio”²⁹. De esta manera, según el autor, queda plasmada la existencia de un “dominio tiwanakota” sobre la región de Chiripa.

Otro hallazgo arqueológico indicador de violencia, surge a partir de las investigaciones realizadas por Kolata, quien pone de manifiesto que se implantó en Tiwanaku, tras su posterior traslado, una estela lítica que previamente se encontraba instalada en Arapa, en las cercanías de Puno. Según este autor, “la implicancia de este acto política e ideológicamente violento es clara: en el proceso de subyugar el norte de la cuenca del Titicaca, un gobernante de Tiwanaku cortó y se apropió ritualmente de un emblema sagrado del poder espiritual concentrado, o huaca, de la nación Pukara y, al hacer esto, demostró la superioridad religiosa y política del Estado de Tiwanaku”³⁰.

A su vez, en esa misma investigación el autor plantea que las cabezas clavadas que se encuentran insertadas en las paredes del Templete Semisubterráneo podrían ser *huacas* que fueron extraídas de las sociedades conquistadas y reutilizadas en la capital estatal para exhibir la supremacía de Tiwanaku sobre sus vecinos, ya que “en el proceso de expandir su hegemonía sobre la cuenca del Lago Titicaca desde el siglo IV, la elite guerrera de Tiwanaku se apropió o capturó ritualmente estas *huacas* ancestrales y las

²⁸ Teresa Gisbert, pág. 17, 2003.

²⁹ Ponce Sanginés, pág. 59, 1970.

³⁰ Kolata, pp. 248-249, 1993.

incorporó en posiciones subsidiarias dentro del centro ceremonial de su ciudad capital sagrada. De esta manera ellos demostraron ambas superioridades, la ideológica y la secular del estado de Tiwanaku”³¹.

IV- Cierre

En la mayor parte de las investigaciones realizadas a la fecha, como ya dijimos en la introducción, se ha sostenido que la expansión y dominación tiwanakota sobre otras regiones se basó en el consenso y no en la conquista militar o en algún tipo de violencia. Este hecho se ha atribuido, entre otras cosas, a la supuesta escasez o inexistencia de fuentes indicadoras de la misma.

En su artículo previamente citado, Campagno planteaba que “las disciplinas sociales que intentan establecer los principales trazos de cualquier situación histórico-social se hallan frente a dos grandes posibilidades en relación con el problema de la evidencia documentable. Una es la de limitarse a la evidencia existente, de modo de sostener sólo aquello que tiene algún respaldo documental firme. La otra es la de proponer una alternativa cuya relación principal con las fuentes existentes sea la de no-contradicción”³²

A lo largo de este breve racconto que realizamos en el presente artículo hemos conjugado las dos posibilidades que plantea el autor previamente mencionado para el análisis de la situación histórico-social que elegimos como eje de análisis, es decir, la práctica estatal en Tiwanaku. Por un lado, nos hemos remitido a las fuentes tangibles que confirman dicha aseveración y, por el otro, a los diferentes marcos interpretativos que han sido desarrollados. De lo que no hay dudas, es que puede observarse un claro paisaje de violencia en las regiones que se encontraron bajo la órbita tiwanakota. Y esta afirmación se extiende a cualquier tipo de Estado o acaso se puede afirmar que un Estado, ante la escasez o ausencia de evidencias indicadoras de violencia, es pacífico o se cimienta únicamente en el consenso.

Para algunos autores es posible. Para nosotros la respuesta es rotundamente negativa. Simplemente, el Estado –cualquiera sea lugar y su tiempo– encarna el monopolio legítimo de la violencia.

³¹ Kolata, pág. 142, 1993

³² Campagno, pág 77, 2003

VI- Bibliografía

Acosta, Padre José de

1894 Historia Natural y Moral de las Indias, Ramón Anglés Impresor, Madrid.

Betanzos, Juan de

1987 Suma y Narración de los Incas, Ed. Atlas, Madrid.

Campagno, Marcelo

2003 “Una consideración sobre el surgimiento del Estado y los modelos consensuales. A propósito de Tiwanaku”, en revista Española de Antropología Americana, N° 33, pp. 59-81.

Cieza de León, Pedro

1932 La Crónica del Perú, Espasa-Calpe S.A., Madrid.

Cobo, Padre Bernabé

1893 Historia del Nuevo Mundo, Imp. de E. Rasco, Sevilla.

Garcilazo de la Vega, Inca

1943 Comentarios Reales de los Incas, Emecé Editores S.A., Buenos Aires.

Gisbert, Teresa

2003 “El formativo y la cultura Tiahuanaco”, en J. de Mesa, T. Gisbert y C. Mesa Gisbert, Historia de Bolivia, Editorial Gisbert, La Paz.

Godelier, Maurice

1980 “Procesos de la constitución, la diversidad y las bases del Estado”, en Revista Internacional de Ciencias Sociales, UNESCO, N°33, pp. 667-682.

Huidobro Bellido, José

1995 “El Estado despótico de Tiwanaku. Un análisis político, económico y social”, en Pumapunku, N°8, enero, Producciones Cima, La Paz, pp. 139-160.

Kolata, Alan L.

1993 The Tiwanaku. Portrait of an Andean Civilization, Blackwell Publishers, Cambridge.

Lizárraga, Fray Reginaldo de

1999 Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Lumbreras, Luis Guillermo

1981 La arqueología como ciencia social, Ediciones Peisa, Lima.

Moore, Jerry D.

1996 Architecture and power in the Ancient Andes, Cambridge University Press, Cambridge.

Otero, Gustavo Adolfo

1943 Tiwanaku, Emecé Editores, Buenos Aires.

Ponce Sanginés, Carlos

1954 “Tiwanaku a través de los cronistas coloniales y de los investigadores del siglo XIX”, en Khana, Vº1, Nº 3 y 4, La Paz, Julio , pp. 16-22.

1970 Las culturas de Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, Publicación Nº 25, La Paz.

1995 “Arqueología política y el estado precolombino de Tiwanaku”, en Pumapunku, Nº8, enero, Producciones Cima, La Paz, pp. 15-88.

Ponce Sanginés, Carlos y Mogrovejo Terrazas, Gerardo

1970 Acerca de la procedencia del material lítico de los monumentos de Tiwanaku, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, publicación Nº 21, La Paz.

Rex González, Alberto

2003 “Instrumentos líticos menudos de Tiwanaku usados en técnicas de apropiación”, en Revista Española de Antropología Americana, Nº 33, pp. 39-57.

Sagárnaga Meneses, Jedú Antonio

1995 “Clases sociales en Tiwanaku”, en Pumapunku, Nº8, enero, Producciones Cima, La Paz, pp. 139-160.

Wittfogel, Kart A.

1965 Despotismo oriental: Estudio comparativo del poder totalitario, Editorial Guadarrama, Madrid.